

LAS PARTICULARIDADES DEL DUELO EN LOS NIÑOS, ANTE LA DESAPARICIÓN DE UN SER QUERIDO

Laura Mariana Ortiz Hoyos¹, Martha Patricia Romero Mendoza² y Bertha Blum Grynberg³

Resumen

El presente artículo estudia el proceso de duelo en los familiares de las víctimas de desaparición en México. El trabajo tiene como objetivo realizar un acercamiento que permita la comprensión de las repercusiones afectivas que ocasiona este suceso, haciendo especial énfasis en el impacto psicosocial que provoca en los niños. Se trata de una investigación cualitativa que utiliza el marco interpretativo psicoanalítico, a fin de analizar el concepto de duelo y sus particularidades en el caso de la desaparición, donde la falta de certeza sobre el estado y paradero de la víctima, influye de manera importante en la asimilación de la pérdida. Para ello, se presenta el caso de Verónica y sus hijos, quienes presenciaron la irrupción de un grupo armado que sustrajo violentamente a su marido.

Palabras Clave

Desaparición, Duelo, Niño, Psicoanálisis, Violencia social

Abstract

This article studies the grieving process in relatives of victims of disappearance in Mexico. This paper aims to make an approach that allows us to understand the emotional impact caused by this event, with particular emphasis on the psychosocial impact caused in children. It's a qualitative research that uses a psychoanalytic interpretive framework to analyze the concept of mourning and its peculiarities in the case of the disappearance, where the lack of certainty about the status and whereabouts of the victim, has an important influence on assimilation of loss. To do so, it's presented the case of Veronica and her children, who witnessed the emergence of an armed group that violently took her husband.

Key Words

Disappearance, Grief, Children psychoanalysis, Social violence

1 Psicoterapeuta del Espacio de Orientación y Atención Psicológica de la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia de la Universidad Nacional Autónoma de México. Maestra en Psicología con Residencia en Psicoterapia para Adolescentes y alumna en proceso de candidatura en el Doctorado en Psicología y Salud por la misma Universidad

2 Doctora en Antropología. Investigadora en el Instituto Nacional de Psiquiatría

3 Doctora en Psicología. Psicoanalista. Profesora titular y tutora en la Coordinación del programa de Maestría y Doctorado en Psicología, UNAM.

☛ **Introducción**

La violencia en México, es un problema que se ha incrementado de manera importante en los últimos años, como resultado del aumento de las actividades del crimen organizado, dejando a su paso miles de víctimas directas e indirectas que, hoy en día, forman parte de los mal llamados “daños colaterales” (Bauman, 2011).

La desaparición de personas es una de las múltiples formas en que se ha manifestado la violencia en el país. Oficialmente no existe un recuento puntual sobre el número de desaparecidos a lo largo del territorio mexicano; sin embargo, el Registro Nacional de Datos de Personas Extraviadas o Desaparecidas (RNPED, 2016), reportó que hasta enero de 2016 se contabilizaron 27.216 personas de quienes se desconoce el paradero. **Sin embargo, es necesario mencionar que este listado no establece distinción** entre las personas desaparecidas, extraviadas y las víctimas de desaparición forzada. Actualmente, la Procuraduría General de la República (PGR) investiga al menos 989 casos de desaparición en el país (Vanguardia, 7 de febrero de 2016).

Una de las zonas más afectadas ha sido el estado de Coahuila, ubicado en la parte central del norte de México y que hasta el año de 2010, tuvo un registro de 2.748.391 habitantes (INEGI, 2016). De acuerdo con las cifras de la PGR, dicha entidad ocupa el cuarto lugar en desapariciones a nivel nacional (Vanguardia, 7 de febrero de 2016).

El presente artículo deriva de una serie de entrevistas realizadas en Coahuila, a seis mujeres que sufrieron la desaparición de un familiar, con el propósito de comprender las repercusiones familiares, sociales y afectivas de la pérdida, considerando las dificultades que presentan para realizar un proceso de duelo adecuado, debido a la falta de certeza sobre el fallecimiento del ser querido.

Uno de los temas recurrentes a lo largo de las entrevistas, fue la preocupación por las consecuencias que han padecido los niños a raíz de la desaparición. A partir de ello surge el presente trabajo, cuyo objetivo fue realizar un acercamiento a la comprensión de la vivencia de los niños y las niñas que han sufrido la desaparición de un familiar cercano.

Separación, pérdida y duelo en la infancia

La desaparición de personas constituye un mecanismo de represión y tortura, utilizado desde el siglo pasado, que se basa en el ocultamiento del destino o paradero de la vícti-

ma, con el objetivo de infligir miedo y control sobre aquellos que le rodean. En diciembre de 1941, Adolf Hitler firmó el decreto Noche y Niebla, donde inscribió las bases de lo que actualmente se conoce como desaparición forzada. Dicho documento establece lo siguiente: *“Un efecto de terror eficaz y prolongado sólo se logrará mediante la pena de muerte o por medidas idóneas para mantener a los allegados y a la población en la incertidumbre sobre la suerte de los culpables”* (Mattarollo, 2010, p.19).

Los estragos de la desaparición trascienden la privación de la libertad, y se extienden hacia otro universo poco considerado: el de las víctimas indirectas, es decir, las personas que han vivido las repercusiones sociales, legales, económicas y emocionales de la violencia y que, en repetidas ocasiones, sufren una serie de daños psicológicos o materiales.

Día con día, los familiares enfrentan numerosas dificultades que acrecientan su pesar, tal es el caso de los problemas económicos por la pérdida de un ingreso, la necesidad de encontrar nuevas formas de ganarse la vida, los cambios de roles y responsabilidades en casa y muchos otros ajustes que deben realizar para adaptarse a su nueva condición. En cuanto a las repercusiones afectivas, la ambigüedad de la desaparición (vida/muerte) se manifiesta en un estado permanente de incertidumbre, ansiedad, depresión, miedo y sentimientos ambivalentes con respecto a la condición de la víctima.

Antes de adentrarnos en las particularidades que distinguen al concepto de “pérdida” dentro del fenómeno de la desaparición, es importante hacer una breve revisión de la noción de duelo, y de las diferencias que existen entre el proceso como se presenta en los adultos, y las características específicas que se manifiestan en los niños.

Desde la perspectiva del psicoanálisis, diversos autores han abordado el tema, tomando como base las aportaciones que Freud realizó en *Duelo y Melancolía* (1917 [1915]), donde define este proceso como una reacción, por medio de la cual, ante la pérdida, el individuo retrae la libido depositada en el objeto de amor, que de acuerdo con el examen de realidad, no existe más. Freud (1917 [1915]) señala que sólo el paso del tiempo ayuda al yo a aceptar la prueba que certifica la pérdida del objeto. A diferencia del duelo patológico, donde esta renuncia se ve imposibilitada, en el proceso de duelo satisfactorio el yo regresa a su estado original, como una entidad libre y desinhibida, capaz de elegir un objeto de amor diferente.

En el caso de los familiares de las víctimas de desaparición, la falta de certeza sobre la vida o muerte del ser querido, es el principal impedimento para la realización de dicho proceso. Por ello, el sufrimiento subsiste en los dolientes, y se manifiesta de diversas formas en su vida cotidiana. La incertidumbre se convierte en el trasfondo de sus días,

y se acompaña del miedo y la tristeza que resultan de no poder comprender lo acontecido: ¿Por qué se lo llevaron? ¿Cómo sucedió? ¿Dónde está? ¿Tiene hambre? ¿Tiene frío? Millones de preguntas invaden el sentir de los familiares, que no logran encontrar una respuesta que llene los vacíos que ha dejado la desaparición del ser querido.

La falta de noticias constituye una tortura que los familiares sufren día con día. La fantasía irrumpe como una compensación ante el desconocimiento del cómo, el dónde y el porqué de esa ausencia. Como consecuencia, cada uno de los recuerdos, los vínculos y las expectativas se mantienen catectizados o investidos libidinalmente, en la psique de los dolientes, evitando una realización más adecuada del proceso de duelo.

De acuerdo con Freud (1917 [1915]), la prueba de realidad es el punto de partida para la realización del trabajo de duelo. Sin embargo, la situación de la desaparición es distinta, ya que no existe ninguna evidencia que certifique la irremediable pérdida del objeto de amor. Así, la falta de un cuerpo cancela la posibilidad de realizar los rituales fúnebres que facilitan el procesamiento de la pérdida, dejando a los familiares flotando en un tiempo congelado, en un espacio indefinido entre la ausencia y la presencia, que les imposibilita alcanzar la aceptación, la paz y la tranquilidad que en general, consiguen las personas que corroboran y constatan la muerte del ser querido. Por este motivo, es posible establecer que los familiares de las víctimas de desaparición sufren de un duelo inconcluso.

Dentro de estas familias, los niños representan el grupo más vulnerable debido a que la comprensión y la asimilación de la pérdida están sujetas al momento del proceso evolutivo y al grado de estructuración psíquica (Pelento, 1998). A pesar de las similitudes que existen entre las respuestas de los adultos y de los niños ante la pérdida, en estos últimos se presentan con mucha mayor intensidad debido a que el funcionamiento psíquico se encuentra en pleno desarrollo y por ende, carece de suficientes defensas para la realización satisfactoria del duelo.

Uno de los principales mecanismos utilizados para aliviar el sufrimiento ante la pérdida del objeto, es la desmentida (*Verleugnung*), que de acuerdo con Laplanche y Pontalis (2004, p. 363) se define como un *"modo de defensa consistente en que el sujeto rehúsa reconocer la realidad de una percepción traumatizante..."*.

Así, ante un evento traumático pueden advertirse dos posibles resoluciones: rechazar la realidad objetiva y dejarse llevar por la satisfacción pulsional, o reconocerla y defenderse de la angustia que despierta. En el caso de la desmentida, el sujeto no se limita sólo a una de ellas, sino que, a costa de un desgarramiento del yo, sostiene ambas

en forma paralela (Freud, 1940[1938]b). De este modo, la escisión psíquica asegura la simultaneidad de una postura que acata la realidad objetiva, y de otra que por el contrario, aleja al yo de la misma (Freud, 1940 [1938]a).

Freud (1927) ejemplifica este mecanismo con el caso de dos jóvenes afectados por la muerte de su padre, cuando tenían 2 y 10 años respectivamente. En ellos, pudo constatar que, dentro de sí, coexistían dos corrientes opuestas con respecto a la pérdida: una, conforme al deseo, y la otra, acorde a la realidad. Por un lado, se sostenía la idea de que el padre seguía con vida, mientras que por otro, se reconocía el deceso. Al final, Freud (1927; Freud, 1940 [1938]a) concluye que durante la infancia es común observar este tipo de defensa como respuesta a los reclamos de la realidad externa.

De acuerdo con Pelento (1998), este mecanismo se observa con frecuencia en niños que enfrentan la muerte de una persona cercana, particularmente en aquellos a quienes se les niega la información sobre lo sucedido. El uso de este mecanismo puede derivar en dos resultados: una moratoria benéfica para metabolizar la pérdida, o una predisposición patológica en la realización del duelo.

A grandes rasgos, Freud (1917 [1915]) señala que el duelo es un trabajo lento y doloroso, que actúa gracias a diversos mecanismos que ayudan al individuo a enfrentar la angustia y el sufrimiento, por medio de un bamboleo entre la realidad y la fantasía, que deriva en la recuperación paulatina de la estabilidad psíquica perdida. El pensamiento mágico, al igual que otros mecanismos, permite al individuo retirarse parcialmente del dolor para reencontrarse, al menos en la fantasía, con el objeto amado (Pelento, 1998). En la neurosis, el retraimiento de la realidad se logra por medio de la fantasía, es decir, el resultado de un compromiso de satisfacción que, por medio de la simbolización, permite al individuo sustituir aquellos elementos dolorosos por otros más afines al deseo. A diferencia de la psicosis, la fantasía en la neurosis siempre viene apuntalada a un fragmento de la realidad (Freud, 1924).

La desaparición de un ser querido durante la niñez, constituye una pérdida traumática que impacta de manera importante en el desarrollo afectivo, provocando una maduración difícil y prematura en la niñez (Martín & González, 2013a). La incapacidad de los niños para expresar verbalmente estas emociones, origina otro tipo de manifestaciones como agresión, fobia, dependencia, timidez, evitación e impulsividad (Tizón, 2004). La necesidad de constatar la presencia física de los objetos durante la primera infancia, es la causa por la que la ausencia del ser querido resulta tan dolorosa en esta etapa. A

temprana edad, los niños carecen de los recursos cognitivos suficientes para comprender qué significa la muerte y la irreversibilidad de la misma. El pensamiento egocéntrico puede hacerlos creer que ésta es el resultado de un castigo, o que está relacionada con sus propios deseos de dañar al objeto (von Hug-Helmut, 2012). La falta de recursos psíquicos para establecer una diferencia clara entre la realidad y la fantasía aviva el predominio de angustias y defensas primitivas.

Bayo-Borrás (2009) encontró que, a través del juego, los niños repiten sus vivencias, como un intento de elaborar la ansiedad que provocan las atrocidades que el aparato psíquico es incapaz de soportar. Freud (1920) habló sobre estos hallazgos en el caso de un niño, de apenas un año y medio, que con satisfacción observaba desaparecer y luego aparecer, su carrito de juguete, conforme lo jalaba de un cordel. De esta manera, a través del juego asumía una posición activa en la representación del impacto de la separación de la madre (Ihlenfeld de Arim, 1998).

En el trabajo de Badagnani (2013b), la narrativa de los hijos de víctimas de desaparición demuestra la necesidad de que su voz sea escuchada, como un testimonio del sufrimiento que provoca haber presenciado la pérdida de alguno de sus padres, así como el dolor que causa la imposibilidad de realizar un duelo adecuadamente.

Para los niños que enfrentan esta experiencia parece imposible elaborar lo acontecido, ya que en muchas ocasiones, carecen de la información y de los recuerdos suficientes para construir una imagen propia del ausente. Esta situación los conduce a la búsqueda de elementos materiales de su existencia, como son las fotografías, cartas, documentos y objetos personales que permiten crear o reestructurar una identidad fragmentada (Badagnani, 2013a). Sin embargo, la reconstrucción de la historia personal y familiar resulta obstaculizada.

Es por ello que el medio externo juega un papel fundamental en la transición del proceso de duelo en la infancia. Para lograrlo, es preciso contar con una figura que facilite el procesamiento psíquico de la tristeza, la angustia, la ira y el miedo que muchas veces encuentran salida en violentas irrupciones afectivas y regresiones psicomotrices, así como relacionales y escolares, entre otras (Tizón, 2004).

De este modo, el adulto hace entonces las veces de un yo auxiliar, que facilita la elaboración de la ausencia, y previene futuras consecuencias, como una depresión clínica o una mayor predisposición al desarrollo de duelos complicados (Tizón, 2004).

De acuerdo con Bion (1966), esta labor de contener las emociones del niño, se denomina función de *reverie*, y se refiere a la capacidad de la madre, de recibir y metabolizar las

frustraciones, temores, fantasías y ansiedades que el niño le proyecta, para devolvérselas en una forma más tolerable. Cuando esta tarea se cumple de manera adecuada, se instauran las bases del proceso secundario, el juicio de realidad y la capacidad de demora.

Ante situaciones de violencia, la capacidad de los niños para pensar, aprender y expresar, suele verse obstaculizada por la ruptura en la comunicación familiar, que despierta sentimientos de extrañeza y desconfianza (Bayo-Borrás, 2009). Muchas veces los adultos prefieren evadir el tema o inventar explicaciones con la idea de que así podrían evitar el dolor en el infante; sin embargo, éste reconoce las discrepancias y los secretos a su alrededor. Es por ello que incluso los más pequeños requieren de información genuina, concisa y, sobre todo, acorde a su edad, que les permita clarificar sus fantasías y apreciar, de una manera más certera lo acontecido.

Ihlenfeld de Arim (1998) considera que es importante hacer partícipe a los niños en las conversaciones, discusiones y decisiones que surjan a raíz de la ausencia, ya que la existencia de un duelo compartido, permite movilizar el proceso de incorporación del objeto perdido. Cuando los adultos mienten o esquivan las preguntas de los menores, éstos perciben que algo está mal y, tarde o temprano, descubren que hay un suceso terrible que ha permanecido como secreto no revelado. En consecuencia, el niño manifiesta intensos sentimientos de temor y desconfianza hacia aquellos que le rodean.

En síntesis, el duelo es un proceso normal de respuesta ante una pérdida, que implica un reajuste psíquico, que se lleva a cabo por medio de distintos mecanismos defensivos que el ser humano adquiere con el paso del tiempo. La desaparición, en particular, es un evento de imposible representación psíquica, debido a la falta de evidencia que certifique el estado y paradero del ser querido. Como consecuencia, los familiares viven sumergidos en un estado de ambigüedad e incertidumbre, que obstaculiza la oportunidad de realizar un proceso de duelo.

Al igual que los adultos, los niños poseen formas particulares de manifestar el desconcierto y el dolor ante la inexplicable ausencia del familiar. La pérdida de las figuras parentales representa la fuente de angustia más importante durante las primeras etapas, por ello, resulta imprescindible la presencia de una figura que identifique sus distintas expresiones afectivas, somáticas, conductuales y relacionales, y que brinde la contención que permita elaborar y verbalizar las emociones, fantasías y concepciones que manifiesta el niño con respecto a la ambigüedad de la pérdida.

Presentación de un caso

A continuación, quiero presentar el siguiente relato, extraído de una entrevista realizada a Verónica, mujer de 33 años que amablemente compartió conmigo sus inquietudes sobre las consecuencias que han manifestado sus dos pequeños, a raíz de la desaparición de su padre, en manos del crimen organizado.

“Hace un año radicalmente cambió la vida de nosotros, fue un giro al mil por hora por decir. A mi esposo se lo llevan de mi casa, a las tres y media. Lo sustraen de mi casa, fue... es una experiencia muy dura, muy cruel. Vivir lo que nosotros vivimos, yo presenciando cómo brutalmente golpeaban a mi marido, mis hijos presentes”.

“Entran a mi casa... ehh... empezaba... bueno desde que oímos el ruido, que se estaban abriendo el candado del portón. Cuando nosotros, cuando ya los perros empezaron a ladrar, ya oímos que abren la puerta, diciendo: vamos a disparar”.

Desde hace un año, Verónica vive sola con sus “dos criaturas”, justamente el tiempo transcurrido desde que su esposo fue sustraído violentamente de su hogar. A partir de ese día no han vuelto a saber nada de él. Como consecuencia, la vida de Verónica y sus niños ha cambiado por completo.

“A raíz de lo que me pasó, tengo que seguir yo sola adelante con mis hijos, buscar la manera de poderlos mantener. Este... son las doce, la una de la mañana y yo todavía ando en la calle, ya cuando ya salí de trabajar, de dejar a los niños. Tengo que traerlos conmigo, a mis hijos, porque no tengo quien me los cuide. O si tengo quien me los cuide, pues tengo que pagar”.

“Y a raíz de ello, pues mis hijos están pegados mucho conmigo. Ellos tienen miedo, mucho miedo, no quieren estar solos, la niña tampoco, a ella se le hace que si yo me voy ya no regreso, porque dice que me van a llevar como a su papá, porque es tanta la inocencia dentro de su dolor, que dice “es que a mi papá se lo llevaron a trabajar a fuerzas mami, porque mi papá no quería ir, no quería ir, no quería ir.”

Los primeros cuatro meses los niños dejaron de ir al kínder por miedo. Verónica habló con la maestra y la directora para explicarles lo que había sucedido, y pedirles que estuvieran al pendiente de cómo se relacionaban con sus compañeros, para poder comprender la forma en que les había afectado lo vivido.

Los profesores insistían en que la zona estaba muy protegida y que la escuela era muy segura, pero los niños estaban sumamente asustados de quedarse solos. Por ello, en

un inicio, Verónica se quedaba afuera desde las 9 de la mañana, hasta las doce que ellos salían.

“¡No, es que aquí no me quiero quedar mamita, nos van a llevar! Entonces les digo yo, “no, aquí voy a estar en la puerta”. (...) Yo me acuerdo el primer día estaban en el saloncillo, y hacían la calebilla buscándome, para ver por dónde estaba. Ya nomás les saqué yo la mano, y ellos se sentaron a gusto. El saber que la mami ahí estaba, afuera, para protegerlos. Y así viví con ellos... Y entonces ya, yo ya, iba y los dejaba, y luego me iba a mi casa o a hacer mis cosas, ya regresaba.”

De acuerdo con la maestra, al principio los niños se relacionaban muy bien en el salón, pero a la hora del recreo no se despegaban de su lado. Sin embargo, con el paso del tiempo las cosas han mejorado y ya se relacionan más y salen a jugar con sus compañeros. Aunque de vez en cuando voltean para buscar con la mirada al maestro, y asegurarse de que siga ahí con ellos en el patio.

La psicóloga de la escuela dice que los niños le contaron que a su papá se lo habían llevado, que lo habían golpeado porque no quería irse, pero que lo tienen trabajando. También comenta que los niños están perfectos, pero Verónica no está de acuerdo.

“Perfectos nunca van a estar. Perfectos, el día que llegue su papá. Ahí es cuando van a estar a gusto, tranquilos. No perfectos, tranquilos”.

Verónica comenta que es común encontrar patrullas estacionadas afuera de las escuelas, lo cual hasta la fecha les genera mucho temor. Ellos saben identificar a los soldados, marinos y policías.

“Vamos en la carretera y cuando ven retenes me dicen con miedo, “¡mami, te van a parar! ¡Mami, te van a parar! ¡Nos van a llevar como a mi papá! ¡Nos van a llevar como a mi papá!” “No, hijos, no nos van a hacer nada...” “es que a mi papá se lo llevaron y no nos lo han regresado. Diles mami, diles. ¡Páralos! Diles que dónde dejaron a mi papá.”

En un principio los niños preguntaban a su mamá, “¿verdad que a mi papi no me lo mataron, mami? ¿Verdad que mi papi está todo bien?” Una pregunta que refleja su necesidad de recibir una ratificación que tranquilizara la angustia provocada por las múltiples amenazas que recibió su padre mientras lo golpeaban. Sin saber realmente qué responder, Verónica

solamente alcanza a contestar: *“Sí, mis hijos, al rato viene.”*

Verónica les asegura que a su papá no lo habían matado porque ellos mismos escucharon cuando les pedía a los captores que no les hicieran nada a sus hijos. También les recuerda que ella vio con vida a su papá cuando fue a buscarlo. Entonces, los niños concluyen que ha de estar encerrado en algún lado. Verónica los anima a pedirle a dios el milagro de su regreso, por eso ellos tienen a su papá en la cabeza desde temprano que se levantan, hasta que se van a dormir en la noche.

Antes de sentarse a la mesa a comer, los niños piden en su oración:

(...) “diosito que a mi papá no le falte ni un taquito, que esos hombres que lo tienen ya nos lo regresen.”

“Tanto es su ilusión, que en diciembre fue el día más triste de mi vida. (...) Decidieron hacerle una carta a Santa Claus, diciendo que no querían juguetes sino que les trajera en una caja grandotota a su papá. Y yo les puse sus juguetes en la noche para que en la mañana se levantaran directamente al pinito. Se levanta la niña y dice “¡mami ya llegó Santa Claus!” (...) (Verónica se suelta a llorar). Y cuando se para en la sala, esperando ver su caja grandota con su papá, me dice, “si le dije a Santa Claus que yo no quería regalos, yo quería a mi papá.” Me levanté de la cama y me fui al baño, para que ellos no me vieran llorar. Y le dice la niña a mi hijo, “¿ves? ni Santa Claus ni Dios nos trae a mi papá. Ya son puras mentiras. Ya no le voy a creer a nadie. A mi papá nadie me lo trae.”

Verónica permaneció en el baño, no quería que sus niños la vieran llorar. Después salió y les dijo que Santa Claus no había encontrado a su papá porque andaba trabajando mucho.

“No mami, no nos eches mentiras. Ya no nos eches mentiras, si a mi papá se lo llevaron. Nomás dinos si lo mataron. ¿Verdad que no lo mataron? Porque yo ya no oí a mi papá gritar...” Y les dije, “no mijos, a su papá no lo mataron. Su papá por ahí debe de estar.”

Lo más difícil es enfrentar la situación con los niños, quienes día con día le preguntan muchas cosas que no sabe cómo responder. En ocasiones, los niños prefieren hacerse a la idea de que a su papá lo obligaron a ir a trabajar. Ella les dice que sí, que más tarde regresará. Pero aunque quieran imaginarse otras cosas, están completamente conscientes de que en realidad, nada saben sobre de su papá.

“Lo vivimos los cuatro. El sufrimiento de ellos era ver cómo golpeaban a su papá, y el de él era saber que sus hijos lo estaban viendo. Entonces, sobre esto no les puedo echar mentiras. Ellos me han madurado como si fueran grandes”.

Cuando escuchan en las noticias que detuvieron a algunos miembros de grupos criminales, los niños

se alegran porque piensan que finalmente van a liberar a su papá, o al menos van a poder tener noticias de él, si es que está en la cárcel o incluso si lo mataron. Llorando, Verónica agrega:

“Ellos ya lo que quieren es que les digan dónde quedó su papá. A ellos más que saber si está vivo o si está muerto, ellos lo que quieren es que ya les digan dónde está su papá. (...) Yo también... Y...yo sé que él está vivo. Mi corazón me lo dice. Yo sé que él está vivo, que está bien y que pronto voy a tener noticias de él. Así que aunque tenga ya un año, yo sé que pronto lo voy a ver”.

Con una sonrisa en la boca y lágrimas en los ojos, Verónica imagina el día en que vuelva a reencontrarse con su esposo y comenta que éste será el día más feliz para su familia. Cuando Verónica habla de sus hijos, los ojos se le iluminan e inmediatamente sonrío. Dice que el niño se parece a su papá en lo cariñoso, mientras que la niña es más seria, más tranquila. A pesar de las diferencias, existe un gran vínculo entre ellos que les permite consolarse y acompañarse tanto en los momentos más felices, como en los más difíciles.

“Cuando el niño está llorando por su papá, la niña le dice “Ya gordo, vas a hacer que mi mamá empiece a llorar otra vez. Ya, no estés llorando, ahorita mi mamá va a llorar también. Ya, no llores, al rato viene mi papá.”

Siempre juegan juntos, y aunque de vez en cuando pelean, les encanta escuchar música y bailar con su mamá como antes lo hacían todos juntos.

“Y bailan conmigo, me dan como mil vueltas, “vamos a bailar mami, vamos a bailar como mi papi y tú”. Y ya, me pongo a bailar con ellos, ya aviento a uno, y luego agarro al otro, y ya nos ponemos a bailar. Así se ponen a bailar mis hijos conmigo, como con su papá, me dicen”.

Verónica recuerda que cuando estaba su esposo, los cuatro dormían juntos. Recién se llevaron a su papá, los niños ponían una almohada en su lugar, para sentir menos su ausencia.

Reflexiones sobre el caso

A partir del relato, es imposible dejar de pensar en las dificultades que viven las familias que enfrentan la desaparición de un ser querido, en particular, la experiencia de una mujer que perdió a su marido a causa de la violencia, y que, como consecuencia, ha tenido que asumir nuevas responsabilidades familiares, económicas y afectivas para sacar adelante a los suyos. A raíz de la desaparición, la familia ha pasado por múltiples ajustes: cambio de casa, de escuela, de trabajo, de actividades, de amigos. La dificultad para adaptarse y asimilar este proceso se ha manifestado de diversas formas: depresión, ansiedad, miedo, dependencia. De este modo, las consecuencias de la pérdida se han extendido más allá de la misma ausencia del padre, ya que con él, ha desaparecido la vida tal como la conocían.

Al respecto, es necesario hablar de la pérdida de la sensación de seguridad, producida por el evento violento y traumático de la sustracción, que ha quedado marcado como una huella, generando miedo, confusión y conmoción en la familia. El terror y la angustia han quebrantado la confianza y la protección que sentían los niños dentro de su casa y en compañía de sus padres. Como consecuencia, cualquier separación momentánea de la madre, despierta un miedo insostenible y una desconfianza generalizada, que se observa en conductas fóbicas y de fuerte dependencia hacia la madre (Tizón, 2004).

Varios autores (Ihlenfeld de Arim, 1998; Pelento, 1998; Tizón, 2004; von Hug-Helmut, 2012) coinciden en la importancia del padre sobreviviente en el proceso de duelo en los niños. En este caso, Verónica ha tenido que multiplicar esfuerzos y convertirse en el pilar emocional de su familia. Ésta ha sido una tarea sumamente difícil, ya que muchas veces se siente tan devastada, que le resulta casi imposible levantarse por las mañanas. Verónica confiesa que le es difícil contenerse cuando los niños lloran, por lo que ha optado por desahogarse encerrada en el baño por las noches. Ihlenfeld de Arim (1998) señala que es importante que los adultos demuestren su dolor para que los más pequeños sepan que es correcto desahogarse; pero sin que se vuelva contraproducente y despierte en el hijo una necesidad de resguardar al padre vulnerable. En el caso particular de la niña, se observan características de maduración yoica temprana, en tanto que, a pesar de su corta edad, ha asumido el papel como la responsable proteger emocionalmente a su madre y a su hermano.

Con base en lo anterior, surgen las siguientes preguntas: ¿Qué sucede con una mujer que no posee ninguna evidencia que certifique la muerte de su esposo? ¿Cómo hacer para contener el dolor de unos niños que lloran por la abrupta e inexplicable desaparición del padre? ¿Cómo ayudar a sus hijos a comprender lo sucedido, cuando ella misma

no posee los elementos para hacerlo?

Verónica solía considerarse una mujer fuerte e independiente, que difícilmente se derrumbaba. En cambio, hoy se siente avasallada por el miedo de no poder salir adelante, y no ser capaz de sostener económica y emocionalmente a sus hijos. Muchas veces se pregunta cómo consolarlos o tranquilizarlos, cuando ella misma se siente rebasada por las circunstancias. Le duele mucho ver el sufrimiento de sus hijos, y siente impotencia al no poder evitar ese dolor. Ante ello, considera que lo único que queda es consolarlos y ayudarlos a mantener la esperanza de reencontrarse con su padre.

Ihlenfeld de Arim (1998) establece que ante una pérdida, el adulto adquiere un papel fundamental en la elaboración psíquica, ya que en él recae la responsabilidad de contener y metabolizar los afectos que el niño es incapaz de elaborar. Pelento (1998) señala que el afrontamiento de la pérdida en el niño depende del manejo que hagan los adultos de su propio duelo, ya que éste puede inducir, exacerbar u obstruir el proceso en el niño. Cuando la contención emocional no se lleva a cabo de manera adecuada, la angustia inunda al aparato psíquico del niño, obstaculizando su desarrollo social, cognitivo y afectivo.

En el caso de Verónica, el apoyo de su familia y amigos le ha permitido ponerse de pie. Día con día encuentra en sus hijos la motivación para salir adelante, ya que ellos son el motor que la empuja a levantarse cuando siente que todo se ha perdido.

Para Verónica, la ilusión de encontrar a su esposo mantiene unida a la familia y les inyecta la fuerza para no dejarse vencer. Ella está consciente de que nada han sabido desde aquél día, pero la fe le ayuda mantener viva la esperanza de un milagro.

Verónica asegura que los niños saben cuál es la situación del padre, pero prefieren hacerse a la idea de que se encuentra trabajando para evitar ese dolor. Por eso ella prefiere no contradecirlos o enfrentarlos con la realidad, por temor a romper la ilusión que tienen sobre su regreso. Así, el desconocimiento se conjuga con el deseo y da cabida al mecanismo de la desmentida en donde, por un lado se acepta la realidad de no saber y, por otro, se mantiene la fantasía de que el padre regresará de trabajar en cualquier momento. Sin embargo, en ocasiones, este mecanismo fracasa y la realidad se impone al deseo. Es justo en ese momento, que resulta imprescindible la figura del adulto para enfrentar y elaborar los sentimientos que emergen de desamparo, depresión, trauma y angustia.

Autores como Ihlenfeld de Arim (1998); Pelento (1998); Tizón (2004); von Hug-Helmut

(2012) han reiterado el valor de la información que recibe el niño para enfrentar el proceso de duelo, ya que las mentiras y las omisiones provocan desconcierto y desconfianza. Los huecos en la información obstaculizan la posibilidad de reconstruir la historia familiar y personal y, por ende, pueden ser causantes de una fragmentación en el desarrollo de la identidad del infante.

Por ello, es indispensable que el adulto responda con claridad y congruencia sus preguntas, y que, a medida de lo posible, lo integre en el proceso de duelo en la familia. Cuando el adulto comparte esta experiencia con el niño, le permite reconstruir los hechos, rompiendo con las fantasías que han surgido para llenar esos vacíos.

Historias como la de Verónica y sus niños se viven a diario en México. Desafortunadamente, los familiares de los desaparecidos quedan muchas veces invisibilizados, a causa de los múltiples prejuicios que existen alrededor de las víctimas. Los niños constituyen el grupo más vulnerable ya que por falta de información, se desconocen las repercusiones que viven a raíz de este suceso, y las diversas formas en que se manifiestan. Actualmente existen muchas preguntas por responder, por lo tanto, es imprescindible impulsar el estudio sobre el tema, ya que, gracias a este medio, podrá realizarse una intervención oportuna y adecuada, que ayude a fomentar la prevención de posibles secuelas sociales, en los niños de nuestra actual generación.

En su obra "1984". George Orwell (1949, p.26) describe el fenómeno de la desaparición de la siguiente manera:

"La gente se esfumaba sencillamente durante la noche. El nombre del sujeto apresado ya no estaría en los registros, borrada en todas partes cualquier alusión a su historia y su paso por la vida, anulado, tachado para siempre tal como si jamás hubiera existido. Había una palabra que mencionaba este hecho. Vaporizado".

Combatamos la desaparición física de cualquier persona, y no aceptemos jamás que ésta implique su "vaporización". Démosle voz a aquellas víctimas que han sido forzadas a permanecer en silencio y luchemos en contra del vacío que impone su ausencia, porque las víctimas siempre estarán presentes a medida que impidamos que su recuerdo desaparezca también en la memoria.

Bibliografía

- 1.- Badagnani A (2013a). *La construcción de las memorias mediante los archivos personales de los hijos de desaparecidos: Ernesto Semán, Mariana Eva Perez y Ángela Urondo Raboy* (En línea). Trabajo presentado en VI Jornadas Internacionales de Filología y Lingüística, 7 al 9 de agosto de 2013, La Plata, Argentina. Recuperado de: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.3839/ev.3839.pdf
- 2.- _____ (2013b). La memoria de los pequeños combatientes: Raquel Robles y la narrativa de los hijos de desaparecidos. *Oficios Terrestres*, 1(29). Bauman, Z. (2011). *Daños Colaterales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 3.- Bayo-Borrás R (2009). Memoria histórica: duelo, recuerdo y transmisión transgeneracional. *Quaderns de Salut Mental*, (5).
- 4.- Bion WR (1966). *Elementos de psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé.
- 5.- Freud S (1917 [1915]). Duelo y melancolía. AE. 14.
- 6.- _____ (1924). La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis. AE.19.
- 7.- _____ (1927). Fetichismo. AE.21.
- 8.- _____ (1940 [1938]a). Esquema del psicoanálisis. AE.23.
- 9.- _____ (1940 [1938]b). La escisión del yo en el proceso defensivo. AE.23.
- 10.- Ihlenfeld de Arim S (1998). Duelos en la Infancia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (88), 39-54. Recuperado de: http://issuu.com/mpeirano/docs/rup_88/55?e=0
- 11.- INEGI (2016). Estadística. Población. Volumen y crecimiento. Entidad Federativa 1895 a 2010. Recuperado de: <http://www3.inegi.org.mx/sistemas/sisept/Default.aspx?t=mdemo148&s=est&c=29192>
- 12.- Laplanche J & Pontalis JB (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- 13.- Mattarollo R (2010). "Noche y niebla" y otros escritos sobre derechos humanos. En: El decreto "Noche y niebla" de la Alemania nazi, antecedente de las desapariciones forzadas. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- 14.- Martín C & González E (2013). El caso de los desaparecidos de Amgala. En C Martín & F Etxeberria (2013). MEHERIS La esperanza posible. Fosas comunes y primeros desaparecidos saharauis identificados. Hegoa. Recuperado de: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>
- 15.- Orwell G (1949). *1984/ Rebelión en la granja*. Grupo Editorial Tomo: México.
- 16.- Pelento ML (1998). Duelos en la infancia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (88): 24-38. Recuperado de: http://issuu.com/mpeirano/docs/rup_88/55?e=0
- 17.- RNPED. (2016). Base de datos del fuero común del RNPED al mes de enero de 2016.

Recuperado el 25 de mayo de 2016 de: <http://secretariadoejecutivo.gob.mx/rnped/datos-abiertos.php>

18.- Tizón JL (2004). Pérdida, pena, duelo. Vivencias, investigación y asistencia. España: Paidós.

19.- *Vanguardia* (7 de febrero de 2016). Coahuila ocupa el cuarto lugar en desapariciones. *Vanguardia*. Recuperado el 26 de abril de 2016 de: <http://www.vanguardia.com.mx/articulo/pgr-investiga-al-menos-989-casos-de-desaparecidos-en-el-pais-coahuila-ocupa-el-cuarto-lugar>

20.- Von Hug-Helmut H (1998). El concepto de muerte en el niño. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (88): 7-21. Recuperado de: http://issuu.com/mpeirano/docs/rup_88/55?e=0

Email: mariano_15@hotmail.com